

URGENCIA DE RENOVACION DE LA PASTORAL

P. Jorge Costadoat, SJ¹

Resumen:

El panorama para la transmisión de la fe es desalentador. La confianza en los modelos convencionales de pastoral, más que en la acción siempre nueva del Espíritu tiene en riesgo el futuro de la evangelización. La Iglesia no llega a los *otros*, pero tampoco a los *mismos*. Conforme pasan los años, han de sustituirse unas mediaciones por otras. La creatividad es esencial. Dos son los ámbitos principales a considerar: el del escrutinio de los signos de los tiempos; y el del reconocimiento de las personas con una honda experiencia espiritual. Las buenas noticias de Jesús, las bienaventuranzas, se transmiten cuando alguien las hace propias, no meramente cuando un agente pastoral las enseña. El amor sigue siendo la medida de Dios y del cristianismo.

Palabras clave: renovación pastoral, transmisión de la fe, formación de agentes, cristianismo radical, mística cristiana.

¹ Jesuita chileno (1958). Centro Teológico Manuel Larraín. Pertenecer a la Pontificia Universidad Católica de Chile. Publicaciones: Trazos de Cristo en América Latina (2010). Francisco: un papa que mira lejos (2017). Jesús, antes y después de Cristo (2019).

El futuro de la Iglesia en América Latina y el Caribe es crítico. Las mediaciones institucionales, doctrinales, sacramentales y simbólicas no están cumpliendo su función. La transmisión de la fe católica está teniendo lugar con dificultad y muchas veces es simplemente imposible.

Esta situación obliga a pensar que la pastoral debiera invertir sus energías en dirigirse en una dirección nueva. Aun así, no es claro que logre su objetivo. El peso de la institucionalidad que actualmente la organiza es muy grande. Pero si el Espíritu se apodera de ella, si suscita personas creativas y arriesgadas, quién sabe si sea posible.

Diagnóstico

Al momento de hacer un diagnóstico de la situación es preciso poner como punto de referencia al Concilio Vaticano II. La Iglesia del Concilio quiso renovar por completo su misión evangelizadora. A este efecto, el Vaticano II relativizó al máximo los términos en que habría de entenderse la necesidad de la Iglesia. Esta, que en el Vaticano II tomó conciencia de su importancia histórica al más alto nivel, subordinó su razón de ser a proseguir la misión de Jesús. ¿Lo hizo? ¿Ha anunciado verdaderamente el Reino de Dios? Una cosa es clara: el Concilio no ha sido recibido por las y los católicos con la creatividad que hubieran podido hacerlo.

Sin temor a equivocarse, es posible decir que esta falta de re-

cepción ha sido deficitaria a causa de quienes han tenido la principal responsabilidad en fomentarla. Me refiero al estamento jerárquico, a los obispos y sacerdotes, seculares o religiosos. No digo que haya habido mala voluntad del clero. Muchos ministros en el postconcilio se han esforzado por caminar codo a codo con el resto de las católicas y católicos. No me refiero a estos, sino a las instituciones, a las estructuras, que generan personas clericales.

De estas estructuras, una de las más problemáticas de todas –pero no la única– son las instituciones de la formación de los ministros ordenados. El documento del CELAM que recoge los resultados de la Asamblea Eclesial reciente, sostiene: “La Asamblea ha expresado la importancia de un cambio en la formación al ministerio ordenado para avanzar hacia una Iglesia en clave sinodal. Hoy subsiste en algunos lugares una idea que sugiere que, cuando un bautizado llega al sacramento del orden, entra a una esfera distinta, a una categoría superior por encima del resto de los bautizados”². De aquí que, continúa más adelante el documento, “un aspecto imprescindible de esta tarea educativa, en la cual ya existen orientaciones universales y locales, está en brindar una formación sinodal que ayude a erradicar el clericalismo y el autoritarismo en

la Iglesia”³. Sin embargo, las propuestas de cambio del texto son muy insuficientes. No van a la raíz de problema. Se queda en las reformas de los currículos de estudios y en acentuar la formación integral de los seminaristas. Desconoce la innovación principal de Vaticano II.

Esta tiene que ver con la desacerdotalización del presbiterado impulsada por *Presbiterorum ordinis* y que fue frenada a pocos años de comenzada, cuando empezó a re-sacralizarse nuevamente a los seminaristas. Vuelven las distancias, las líneas divisorias entre lo sagrado y lo profano, y la incapacidad de los ministros para entender qué está ocurriendo en la vida real de los contemporáneos. A pocos años, los intentos renovadores en la formación terminaron. En muchos lugares se olvidó la trascendencia de este decreto conciliar.

El Vaticano II reorientó la misión de los ministros al anuncio de la Palabra de Dios (PO 4). Sustituyó la denominación de sacerdotes (*sacer* = separado) por la de presbíteros (*presbyteros* = adultos), exigiendo de estos la presidencia de las comunidades tanto o más que la celebración de los sacramentos como se dio en las primeras comunidades cristianas. Pero no desarticuló el seminario tridentino que rige hasta hoy (tanto en el caso de los diocesanos como de los religiosos), creado para *separar* y proteger del mundo a los formandos. En

² CELAM, «Hacia una Iglesia sinodal en salida a las periferias. Reflexiones y propuestas pastorales a partir de la Primera Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe», 2022. 117.

³ CELAM, 285.

este tipo de seminario se ha elaborado la identidad de personas que son consideradas elegidas por Dios para representar su santidad y perfección, distinguiéndose de los demás con menoscabo de las relaciones entre mayores de edad que han debido caracterizarlas. Se les ha formado fundamentalmente para realizar el sacrificio eucarístico y para el perdón de los pecados. En este tipo de seminarios, continúa forjándose al *hombre sagrado* que no da cuenta de su desempeño (*accountability*) al común de los cristianos, sino solo a sus superiores jerárquicos; el mismo que, en el caso de las altas autoridades, elabora una doctrina que, en asuntos muy importantes de la vida humana, no proviene de la experiencia del común de los cristianos, y menos aún de las mujeres.

En la actualidad, la aceptación del Concilio ha llegado a un punto muerto. Pasan los años y una Iglesia que no avanza con los tiempos, retrocede. El clero evita confrontaciones críticas con las personas y la cultura. En el horizonte no se otea ninguna reforma importante. Dado que ha pasado ya demasiada agua bajo el puente, la crisis en relación con la época se profundizará y, puertas adentro de la Iglesia, dañará aún más la comunión. ¿Podrá el sínodo sobre la sinodalidad impulsado por el papa Francisco revertir la tendencia? Es de esperar que no acabe en un documento que apunte en la dirección correcta, pero cuyas conclusiones no se traduzcan en innovaciones jurídicas relevantes.

El caso de la Iglesia chilena ilustra esta crisis. La caída en la pertenencia católica en los últimos treinta años en Chile ha sido de alrededor de un punto porcentual (30%). El abandono pastoral en el campo es enorme. El impacto en los fieles de los numerosos y graves abusos de los ministros ordenados ha provocado una estampida en unos y una gran desafección en otros. El sacerdote ha dejado de ser una persona que representa al Dios en quien se puede confiar. Por el contrario, se duda de él, de su celibato y de sus intenciones.

Sea por esto, sea por una secularización galopante, sea por una crítica que afecta a todo tipo de instituciones, sea porque los seminarios se despueblan, el panorama para la transmisión de la fe es desalentador. Lo es también porque las religiosas que han realizado labores de evangelización notables tienen cada vez menos novicias; porque incluso las madres y padres no logran transmitir su fe a sus hijos. De las escuelas y colegios católicos egresan niños y niñas que dejan la Iglesia al año siguiente. Las parroquianas/os envejecen y los movimientos se están apagando con la muerte de la generación que persevera.

¿Qué será de la Iglesia latinoamericana y caribeña en cuarenta, treinta o veinte años más? ¿Hay algo que la pastoral pueda hacer?

Supuesto teológico fundamental

El objetivo de la pastoral es transmitir la fe. ¿A quiénes? A quie-

nes están lejos, a los que están al otro lado del planeta o en las periferias culturales y existenciales. Así se cumple el mandato de Cristo resucitado (Mt 28, 19). También lo es transmitir la fe a quienes están cerca. A las y los que hoy son cristianos. Pues bien, los estudios indican que se está fracasando con estos y aquellos. La Iglesia no llega a los *otros*, pero tampoco a los *mismos*.

Se dice que a futuro tendremos una Iglesia de minorías. Esto, que bajo un aspecto puede ser bueno, bajo otro debe considerarse fatal. Será conveniente que se termine de salir de una Iglesia de Cristianidad, aquella versión del cristianismo en que se da por descontado que todos los habitantes de un territorio son cristianos y que no debieran ser otra cosa. En una Iglesia de pocos las y los católicos han de vivir y dar testimonio de una fe personal, genuina. Pero la Iglesia también corre el riesgo de sectarizarse, de convertirse en un grupo chico atrincherado, cuya participación social consista en condenar todo lo que se mueva en contra.

¿Hay alguna forma de replantear la pastoral?

La pastoral siempre ha debido tener como objetivo fundamental auscultar la obra del Espíritu y crear las mediaciones para dejarlo inspirar. La Iglesia solo puede vivir y perpetuarse en el tiempo si vive del Espíritu de Cristo resucitado actuante en el presente. Lo propio de la pastoral es procurar hacer real a

Dios en la actualidad. Si no lo hace, puede estar engañando a quienes de buena fe esperan encontrar en la Iglesia al Señor, y no un mercado persa de cosas viejas.

El Espíritu siempre actúa. La razón de ser de las prácticas pastorales es ayudar a las personas a encontrarse con Cristo, para lo cual, conforme pasan los años, han de sustituirse unas mediaciones por otras. La creatividad les es esencial. Si se vuelven anacrónicas, la Iglesia tiene que observar si en los brotes de rebeldía no es Cristo quien, al igual que en su época, hace tambalear un *establishment* religioso que se ha vuelto opresivo o decadente. La rebelión siempre es señal de algo que urge cambiar. Merece mirarla con los criterios que ofrece la experiencia milenaria de la Iglesia. Esta tradición sirve para discernir en el malestar, la crítica y rebeldía la acción del Espíritu que el tradicionalismo quiere censurar o que los ministros eclesiásticos miran con desdén.

La primera tarea de la pastoral

Si la razón de ser de la pastoral es facilitar la obra del Espíritu, su principal tarea es ver y hacer ver dónde actúa el Espíritu.

Dos son los ámbitos principales a considerar: el del escrutinio de los signos de los tiempos; y el del reconocimiento de los santos y mártires actuales, o simplemente de las personas con una honda experiencia espiritual.

En primer lugar, discernir los signos de los tiempos. En nuestra época, valga de ejemplo, son de observar las transformaciones sociales y culturales aceleradas y profundas que configuran la globalización del mundo; el impacto inédito en las personas de los descubrimientos e inventos de la ciencia y de la técnica; la alteración de las relaciones entre personas debidas a las nuevas formas de comunicación; la liberación de las mujeres; la emergencia en la sociedad de colectivos oprimidos o negados; y la creciente conciencia del peligro de extinción de la raza humana y de otras especies, debida al Antropoceno.

En segundo lugar, reconocer a Cristo vivo en las y los cristianos extraordinarios, en comunidades vigorosas y entusiastas, y en las luchas de los excluidos por su inclusión. Hay experiencias inspiradas que inspiran a los demás, que iluminan, que atraen. Estas se caracterizan por irradiar el "gozo del Evangelio" (*Evangelii Gaudium*, diría el papa Francisco). Ciertamente son de desconfiar modelos que, aun pudiendo servir en el pasado, el paso de los años los ha vuelto esotéricos: sotanas, inciensos, reverencias, seriedades de varios tipos.

Por estas razones los ministros de la pastoral, sean presbíteros, religiosas o laicos deben ser personas espirituales, gente que tiene una experiencia de Dios, que ha sido adiestrada en el discernimiento de espíritus, que es capaz de mantener conversaciones adultas entre

personas dispuestas a aprender de los demás y de entender qué está pasando en las personas de su tiempo. En definitiva, gente conectada interiormente con las realidades en las cuales Cristo tiene una Buena noticia que proclamar.

Perspectiva: un cristianismo radical

Es de esperar que la pastoral continúe acompañando a *las/os mismas/os*, a los que son católicas y católicos. No puede dejarlos botados. Pero a estas/os *mismas/os* se les engaña si, al mismo tiempo y sobre todo, no se procura llegar a las *otras/os*, a quienes no conocen el Evangelio.

¿Qué hacer? Es preciso ir a la raíz, volver al fundamento trinitario de la fe en Cristo: la Iglesia, como lo quiso el Concilio, debe encarnar otra vez el misterio del Hijo de Dios. Urge dejar que el Hijo vuelva a manifestarse por medio del Espíritu en esta era; hacer posible que Dios se verifique como Padre y Madre de hijas e hijos que practiquen aquella hermandad originaria que anticipa la fraternidad universal, pero no de un modo colonial o expansionista. La pastoral es colonial cuando intenta retener a los fieles haciendo las cosas como siempre se ha hecho. Es expansionista cuando procura innovar en instrumentos para que los demás entren a la Iglesia, en vez de atraerlos por su amor a la humanidad. Si las católicas y católicos no viven y dan un testimonio luminoso de ser hermanas y herma-

nos, cuestión que en el cristianismo de Cristiandad importa poco, es señal de que el colapso es inevitable.

Esta necesidad de la Iglesia de volver a encarnar culturalmente a Cristo tendría que cumplirse de un modo creativo. A tal efecto, es indispensable creer que hoy mismo el Espíritu del resucitado actúa en toda la humanidad independientemente de los evangelizadores encargados de hacerlo. La pastoral ha de tener en cuenta que ya ahora existe *evangelización*, allí donde un ser humano cualquiera ama a su prójimo con el amor con que los cristianos saben que Dios les ama. La inmensa mayoría de los seres humanos, aunque nunca haya oído hablar de Jesús, puede tener esta experiencia radical de humanidad. Si la evangelización es un acontecimiento de comunicación, la pastoral solo puede renovarse si entiende que los protagonistas en la trasmisión del Evangelio son dos: el evangelizador y el evangelizado que descubre en el primero a un testigo, y no a un funcionario de la fe. Las buenas noticias de Jesús, las bienaventuranzas, se transmiten cuando alguien las hace propias; no meramente cuando un agente pastoral las enseña.

La pastoral se agota precisamente por repetir e insistir una y otra vez en mediaciones que sirvieron en el pasado pero que en la actualidad bloquean la acción novedosa del Espíritu. Suele ocurrir que nos

encontramos con pastoralistas que *se las saben todas*. No son los que nos sirven. La pastoral solo puede ser creativa. La falta de atención a la acción del Espíritu en los demás, mientras más empeño se ponga en extender el cristianismo tradicional, más apaga la experiencia de Dios. El evangelizador debe hacer pasar a las siguientes generaciones una tradición milenaria, aquella que avivada por el Espíritu conjura el tradicionalismo esclerotizante. En el cristianismo tradicional debieran poder bautizarse nuevas personas. En la Iglesia encontrarán los medios para una mistagogía: elementos simbólicos e institucionales que les inicien en el conocimiento del Evangelio. De un modo parecido al Nuevo Testamento que arraiga en el Antiguo, nuevos modos de ser cristianos han de echar raíces en las generaciones anteriores.

Por de pronto, conviene tener presente que la mística cristiana consiste en el amor del Creador por toda la creación. Otras místicas podrán acercarse a la del amor o serán simplemente alienantes. El amor es la medida de Dios y del cristianismo. Ninguna experiencia de amor humano puede agotar su misterio. Dios es amor. El amor radica en Dios. El amor es la razón de ser de la vida humana y del universo. El Espíritu de Dios siempre está haciendo que los seres humanos se amen como lo hacen las personas divinas en la eternidad sin cesar, una y otra vez de un modo nuevo.